

CAPITULO II.

SABOYA Y SUIZA.

I.

El monte Jura.—¡Benditas sean las montañas!

No había tiempo que perder, y demasiado había ya perdido en Francia, sin provecho alguno para mi inteligencia ni para mi corazón; pues ni lo que observé en París modificó en nada las ideas con que penetré por sus puertas, ni sus decantados goces brindaron más que tedio y abominación á mi espíritu.

Entre tanto, los grandes acontecimientos que tenían lugar al lado allá de los Alpes me llamaban con altas voces.—Lamoriciere había sido derrotado en Castelfidardo, y Garibaldi se hacia dueño del reino de Nápoles.—La Italia antigua se desmoronaba. Muchas cosas que yo deseaba conocer, iban á desaparecer para siempre. Era, pues, preciso marchar sin pérdida de tiempo.

Iriarte y yo hicimos en una hora nuestros preparativos de viaje.

Estos preparativos consistieron en dejar todo nuestro equipaje en casa de aquel, quedándonos solamente con las ropas y efectos más precisos; todo lo cual cabía en dos saquitos de noche.

Estos saquitos los llevaríamos siempre á la mano.

Todo hombre que viaja sin familia, por donde nadie le conoce, y con un objeto puramente artístico ó poético, como el que á nosotros nos llevaba á Italia, debe procurar ir como nosotros íbamos: á lo militar... *á la ligera*.—Mas barato es comprar un frac y un sombrero en las capitales en que os veais obligados á comer ceremoniosamente ó asistir á un baile, que gastar todos los días un dineral en portes, excesos de peso y mozos de cordel, con tal de llevar á vuestro lado un equipaje inútil.—Y esta consideración es todavía de poca importancia en comparación de la molestia, del cuidado, del tiempo, del embarazo continuo que os cuestan vuestras maletas.—Un hombre solo, con su saco en la mano, se baja del tren en el punto que se le antoja; viaja á caballo, á pié ó en carretela descubierta; echa á andar en el mismo instante que se cansa de un pueblo; almuerza en una taberna, come en un *restaurant*, duerme debajo de un árbol con su

equipaje por almohada, ó en donde mejor le acomoda; es el primero del convoy que al llegar á una ciudad coge un coche de alquiler y elige habitacion en la fonda ó puesto en la mesa; y es el último que está espuesto á que le roben, á que se le pierda algo ó á que le detengan horas mortales en una aduana, tomándole por contrabandista.—Y la perfeccion de este modo de viajar, á la que yo llegué por último, consiste en comprar ropa blanca nueva en vez de dar á lavar la usada.—¡En todas partes venden camisas!—Las que os quiteis, debéis darlas de propina al camarero.—Con el dinero ó el tiempo que habeis de gastar en un punto, esperando á que os laven y planchen la ropa, teneis de sobra para ver una ciudad mas, ó para recorrer en ferro-carril un reino como el de Etruria, que Dios perdone.

Pero dejemos por ahora estos profundísimos cálculos.

Con no menos prevision y prolijo estudio trazamos nuestro itinerario.

Era ya el 14 de octubre y empezaba á hacer frio.

Vosotros sabeis que entre Italia y el resto de Europa se levanta la gigante cordillera de los Alpes, nevados eternamente y solo transitables en el invierno por dos ó tres muy señalados puntos.

Y sin embargo, nosotros no queríamos pasar á la vista de los mas grandes montes de esta parte del mundo sin penetrar en ellos y contemplar sus maravillosos panoramas.

De lo contrario, fácil era cruzarlos por el trillado camino del Mont-Cenis, que reduce á treinta horas el viaje de Paris á la capital del Piamonte.

Decidimos, pues, salir de Francia por la parte de Ginebra; penetrar en el corazon de los Alpes por la Saboya; llegar á su gran nudo y eminente cima del *Mont-Blanc*, y una vez allí, saltar á Italia por donde fuera mas fácil; por el *San Bernardo* ó por el *Simplon*, segun que estuviesen mas ó menos recientemente nevados.

Atenidos á este plan, salimos de Paris á las siete de la mañana, y fuimos á dormir á *Macon*.

Bien podíamos haber ido á dormir á Ginebra; pero no queríamos pasar el Monte Jura y la frontera suiza en las tinieblas de la noche.

Deseábamos ver cómo se acercaban á nosotros pausada y magestuosamente las corpulentas montañas, y apreciar las circunstancias mas pequeñas del tránsito de un estado á otro.

De *Macon* solo recuerdo que en el hotel en que paramos hacia frio; que el vino que roció nuestra cena era excelente; que nos acostamos muy temprano, y que yo pasé la noche soñando con los lagos y los montes que debía empezar á ver al otro dia.

Antes de rayar la aurora estábamos ya con nuestros sacos en la mano, camino del ferro-carril.

El tren partió al amanecer, y con direccion á Oriente.

—Dentro de algunas horas, le decía yo á Mr. Iriarte con cierta cruel satisfaccion, los dos seremos extranjeros.—¡Ya me parece respirar el aire de Suiza!

Poco tiempo despues llegamos á *Amberieu*, pequeña poblacion de Francia, á doce leguas de la frontera helvética.

Allí empezó ya á plegarse y *accidentarse* el terreno.

El *Monte Jura*, cordillera secundaria, desprendida de la gran cadena de los Alpes, dibujábase en el horizonte.

La tierra aparecia mas húmeda, y el viento arrastraba leves perfumes que ortalecian nuestro corazon.

La mañana era hermosa, aunque algo fria. Poco á poco fue penetrando el ren en una sucesion de terraplenes y desmontes que se hacian cada vez mas importantes. Luego empezaron los viaductos y los túneles...—Estábamos en plena montaña.

El agua germinaba por todas partes. Las laderas y los zócalos de las rocas se vestian de amentísima verdura. Las hondonadas se llenaban de espeso bosque. Sudaban las piedras, creando arroyuelos, que se convertian despues en mil endebles cascadas, todas las cuales formaban en los barrancos unos impacientes rios, jóvenes y bulliciosos, que corrian y saltaban gozosamente, llenando el espacio de placidísimos rumores y esparciendo por do quiera el amor y la alegría.

En *Culoz* (todavía Francia) el paisaje era ya grandioso. Las altísimas cumbres se veian cubiertas de nieve. De las casas rústicas esparcidas en los quebrados valles salia el azulado humo que parece llevar al cielo las santas afecciones del hogar, y sobre algunos arduos picos de las tajadas peñas se percibian estatuas de la Virgen ó de los patronos de la comarca...—La naturaleza recobraba su voz y el hombre sus inmortales instintos...

—¡Benditas sean las montañas! exclamé yo entonces, recordando las amargas impresiones de Paris.

A nuestra derecha corria velozmente el impetuoso y opulento Ródano, cuya otra márgen era tierra de Saboya.

El Ródano salia de Suiza, á donde nosotros llegábamos.

Su cauce es un profundo foso, obra suya, en que ha empleado eternidades de años de trabajo no interrumpido.

Este foso ha sido durante muchos siglos la frontera de Italia y Francia.

Nosotros caminábamos en sentido opuesto, por largos túneles, obra del hombre, realizada en dos ó tres años.

Y la Saboya empezaba en aquellos dias su existencia francesa.—Todavía no hacia tres semanas que Napoleon III la habia recorrido de parte á parte, como tomando posesion de su mísero territorio.

Verdaderamente, causaba pena contemplar aquellos verdes prados que se extendian al otro lado del rio. Ninguna vivienda humana se percibia en ellos. La antigua heredad de los reyes del Piamonte parecia lamentar su triste suerte de haber sido vendida como una esclava.

El tren avanzaba en tanto, siempre por la márgen francesa del Ródano. Una maravilla sucedia á otra. Los peñascos y las nubes se miraban, como en

tersos espejos, en mil pequeñísimos lagos producidos por las destilaciones de las montañas.



El Mont-Blanc, visto desde el camino de Chamounix.

A veces se turbaba la apacible serenidad de aquella amorosa naturaleza, y el paisaje aparecía rudo, austero, pedregoso, como las ruinas de colosales templos. Eran los vestigios de antiguos terremotos, que dislocando los montes ó re-

moviéndolos de sus anchas bases, habían descubierto las áridas entrañas de la tierra, dejando ver la cuna de los metales ó la misteriosa estratificación que revela á los geólogos las vicisitudes del planeta.

Y por todas partes, lo mismo en la choza de paja del pastor, que en la casa de madera del cortijero; así en la estación del ferro-carril como en la graciosa quinta del hombre acaudalado, seguíamos viendo cruces ó imágenes sagradas, signos piadosos de una fe sencilla, exaltación espontánea de una religión indestructible.

Por lo demás, yo me esplicaba perfectamente que entre la atea Francia y Ginebra la politeísta, subsistiese semejante fervor religioso.

Todos los pueblos de montaña son iguales en este punto.—Las condiciones físicas de naturaleza determinan en ellos las calidades morales de sus pobladores. El hombre que vive en el seno de una poderosa y salvaje naturaleza, lidiando siempre con todo el furor de los elementos y con el rigor de las estaciones, rodeado de peligros, luchando hoy con la inundación, mañana con la *avalancha*; obligado á salvar el abismo sobre un puentecillo de madera que le derriban cien veces los temporales; forzado á permanecer días y días dentro de su cabaña, enterrada por la nieve; testigo á todas horas de las maravillas de la creación; persuadido, como debe de estarlo, de su flaqueza y nulidad al lado de tanta fuerza y de tanta vida como le salen al encuentro por todas partes,... este hombre, digo, no puede desechár de su alma el *temor de Dios*, principio de toda sabiduría, según los libros santos, y origen también, en mi concepto, de todas las religiones.

El hombre de la llanura, morador de populosas capitales, que nunca mira al cielo, ni encuentra en torno suyo grandes fenómenos terrestres, puede infatuarse con sus mezquinas obras y creerse un Dios ó cosa parecida. Sus palacios y sus monumentos parecen enormes porque no hay cerca de ellos nada más grande con qué compararlos. Pero colocad la catedral de San Pedro de Roma ó el Palacio de Cristal al pié de Mont-Blanc ó del Himalaya, y vereis como la obra humana os inspira solamente una ligera curiosidad, mientras que la obra divina os hace admirar, respetar, temer y rendir culto al Dios omnipotente.

Mucho pudiera discurrir acerca de esto, así como de lo que la estructura del país influye en el carácter individual y en las condiciones sociales de los pueblos... Pero el tren penetra en Suiza, y no es cosa de distraernos en un instante tan deseado.—Ya volveremos á la cuestión.—Ahora es solo ocasión de convertirnos todos en ojos y en oídos; pues para eso hemos preferido hacer este viaje con la luz del día.

II.

Ginebra.—Una tarde en el lago.

El tránsito de Francia á Suiza, ó sea el paso de la frontera, no se determina por ningún acto oficial.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FUND. 1625 MONTERREY, MEXICO